REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

BOLETÍN DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES DEL REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

N.os 191-192

AÑO LXXII OVIEDO Enero Diciembre 2018

REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

BOLETÍN DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES DEL REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

N.os 191-192

AÑO LXXII OVIEDO Enero Diciembre 2018

DIRECTORA: Marta Pérez Toral (RIDEA & Universidad de Oviedo)

CONSEJO DE REDACCIÓN: Antonio Arias Suárez (Sindicatura de Cuentas del Principado de Asturias), Julio Concepción Suárez (RIDEA), Ana María Fernández García (Universidad de Oviedo), Andrés Martínez Vega (RIDEA), Ramón Rodríguez Álvarez (RIDEA & Universidad de Oviedo), Juan Luis Rodríguez-Vigil Rubio (RIDEA), José Leopoldo Sánchez Torre (Universidad de Oviedo), Juan José Tuñón Escalada (RIDEA)

SECRETARIA: Inés Ibáñez de la Cuesta (RIDEA)

CONSEJO ASESOR: José Alba Alonso (Universidad de Oviedo), **Javier Cancio Donlebún Ballvé** (RIDEA), **Ángeles Ceinos Suárez** (Universidad de Oviedo), **Armando Coelho Ferreira da Silva** (Universidade do Porto, Portugal), **María Cristina da Cunha Almeida** (Universidade do Porto, Portugal), **María del Carmen Diego Pérez** (Universidad de Oviedo), **Alberto Fernández Costales** (Universidad de Oviedo), **Etelvina Fernández González** (Universidad de León), **J. Michael Francis** (University of South Florida, St. Petersburg, USA), **Antonio Gallego Gallego** (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando), **Armando Graña García** (IES Arzobispo Valdés Salas), **Javier González Santos** (Universidad de Oviedo), **Yvan Lissorges** (Université de Toulouse Le Mirail, Francia), **Fernando López Alsina** (Universidad de Santiago de Compostela), **José Ramón Morala Rodríguez** (Universidad de León) **Joaquín Ocampo Suárez-Valdés** (Universidad de Oviedo), **Alfonso Palacio Álvarez** (Museo de Bellas Artes de Asturias), **John Rutherford** (Queen's College, University of Oxford, GB), **Václav Cada** (Univerzita Karlova de Praga, República Checa)

El Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos, fundado en 1947, publica estudios e investigaciones de Ciencias Sociales y Humanidades, relacionados en sentido amplio con el ámbito asturiano. Sus contenidos se dirigen a la comunidad científica nacional e internacional, admitiendo exclusivamente artículos originales que se someten a la comunidad científica nacional e internacional, que se someten a evaluación mediante el procedimiento de «doble ciego». Desde el año 2011 se edita un número doble anual.

GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA

CSIC
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES (CECEL)

©Para la presente edición: Real Instituto de Estudios Asturianos®
ISSN: 0020-384X
Depósito Legal: AS 43-1958
Imprime: Imprenta Mercantil Asturias, S. A.

SUMARIO

Págs

ESTUDIOS

La última gran huelga general: el 14 de diciembre en Asturias
Manuel Germán García Benito 11

Bandas, orquestas y sociedades corales: las agrupaciones musicales en la sociedad ovetense del siglo XIX
María Aurelia Díez Huerga 41

Asturias: el paisaje en el recuerdo
Andreea Stefanescu 65

El coto del monasterio de Cornellana
David Azpiazu Rodríguez 77

Los plurales femeninos en el español hablado de la Pola Siero
Cristina Bleorţu 101

Antroponimia de la parroquia de Villayana-Vil.layana
Cristian Longo Viejo 109

Asturias ilustrada
Adelia García Lobo 137

El sector pesquero asturiano: de la pesca artesanal a la pesca industrial, 1500-1800
Joaquín Ocampo Suárez-Valdés 165

AÑO LXXII ENERO-DICIEMBRE NÚMS. 191-192

ASTURIAS: EL PAISAJE EN EL RECUERDO

ASTURIAS: THE LANDSCAPE IN THE MEMORY

ANDREEA STEFANESCU
Universidad Jaime I, Castellón

RESUMEN: *El presente artículo analiza la novela* La aldea perdida *de Armando Palacio Valdés, novelista asturiano. El artículo se basa en el paisaje de Asturias. El objetivo es mostrar que el paisaje asturiano se observa a través de tres perspectivas diferentes: evocativa, emotiva y personal. Esto se ha realizado al examinar la novela entera y diferentes fuentes literarias. Al examinar estos textos queda claro que Palacio Valdés se convierte en un cronista activo que registra los distintos aspectos del paisaje. Al mostrar que el paisaje asturiano vive en la memoria, esta investigación destaca la importancia del paisaje en la formación de una atmósfera peculiar de costumbres, tradiciones, valores, ideas y sentimientos.*

PALABRAS CLAVE: La aldea perdida, *Armando Palacio Valdés, paisaje asturiano, recuerdo, emoción, nostalgia.*

ABSTRACT: *The present article analyzes the novel* The lost village *by Armando Palacio Valdés, the Asturian novelist. The article draws upon the Asturian landscape. The goal is to show that the Asturian landscape is observed through three different perspectives: evocative, emotional and personal. This has been done by examining the whole novel and different literary sources. Upon examining of these texts, it becomes clear that Palacio Valdés becomes an active chronicler who records the distinct aspects of the landscape. Through showing that the Asturian landscape lives on the memory, this research highlights the importance of the landscape in shaping a peculiar atmosphere of customs, traditions, values, ideas and feelings.*

KEYWORDS: The Lost Village, *Armando Palacio Valdés, Asturian landscape, memory, emotion, nostalgia.*

Recibido/received: 2/05/2018
Aceptado/accepted: 18/10/2018

> *El paisaje es memoria. Más allá de sus límites, el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que sólo existe ya como reflejo de sí mismo en la memoria del viajero o del que, simplemente, sigue fiel a ese paisaje.*
>
> Julio Llamazares (1987)

1. Introducción

Novelistas, poetas, pintores y críticos llevan Asturias a la cumbre, como Ramón de Campoamor, Leopoldo Alas Clarín, Miguel Jacinto Meléndez, etc., y esto se debe a que esta región despierta un inmenso interés por todo lo que ella posee (riquezas minerales, hermosos paisajes). A ellos se une el novelista Armando Palacio Valdés, quien, a través de varias obras suyas (*El señor Octavio*, *El idilio de un enfermo*, *Sinfonía pastoral*, *La novela de un novelista* [los primeros siete capítulos] y *La aldea perdida*), describe y difunde distintos aspectos sobre Asturias.

La novela analizada en el presente artículo es *La aldea perdida* (1903); creación de una mente ya madura y perspicaz. Clarín menciona esto en términos similares:

> se ve que ahora es más dueño de su pluma que nunca lo ha sido el joven colorista; que el pensador discreto, profundo y tranquilo se hace en Palacio más sereno, más profundo, más directo cada día; que aquella imaginación lozana, vigorosa, jamás inquieta, siempre templada, se fortifica con el estudio, la atención y el esmero[1].

¿Desde qué perspectiva es percibido el paisaje asturiano en la novela *La aldea perdida*? Se podría decir que, con la descripción del paisaje natal, el novelista revela, representa y recrea el paisaje asturiano desde distintas perspectivas de orden evocativo, emotivo y personal.

2. *La aldea perdida* en el recuerdo del escritor

La novela *La aldea perdida* fue publicada en 1903[2], cuando el escritor logró alcanzar el éxito tanto en España como en el extranjero. Esta novela acerca al lector a esta parte de España, Asturias, bajo la mirada melancólica y espléndida del novelista lavianés:

> con ella, el autor quiere salvaguardar a su paisaje natal de las deformaciones o transformaciones que su terruño ya ha empezado a padecer en el momento en que

[1] Campal Fernández, José Luis, «Armando Palacio Valdés ante la crítica», *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, número 56, 2002, pp. 7-24.

[2] *La aldea perdida* fue publicada en 1903; sin embargo, me refiero a la edición del 1963 en las citas del presente trabajo.

> se escribe la novela, la cual se erige, por lo tanto, no en una llamada de auxilio, sino en la ratificación de algo ya consumado. *La aldea perdida* es una obra nacida de la emoción del recuerdo de una Asturias tan remota como irrecuperable, y en principio una novela testamentaria, deudora en parte, como se ha indicado en más de una ocasión, de una estética de la delectación casi sensual en la nostalgia autobiográfica del pasado, en el ansia de preservación de una época feliz que el escritor hace detener en la melancolía de la memoria. *La aldea perdida* es una regresión a los míticos paraísos de la infancia, territorio en donde se magnifican épicamente personajes y acontecimientos gracias a la fragilidad objetiva del recuerdo[3].

Los acontecimientos y los paisajes incluidos en esta novela se sitúan en el pueblo llamado Laviana, que pertenece a la región de Asturias. Laviana es percibida por el autor como un pueblo testigo de la historia de España, debido a todos los recuerdos que el novelista experimenta y observa a lo largo del tiempo:

> el conocimiento profundo que tiene el autor del ambiente asturiano le permite construir las novelas desde el realismo necesario e imperante del momento y a su vez desde el recuerdo; es decir, la profunda huella que el paisaje asturiano deja en el escritor, le permite rememorarlo y convertirlo en el fondo de gran parte de sus novelas sin necesidad de tenerlo delante como modelo[4].

Esta creación novelesca se podría clasificar como una combinación de recuerdos, aventuras, diarios e historias. Ahora bien, que Palacio Valdés elija Laviana como escenario de su novela no puede ser solo una mera coincidencia. El pueblo encaja perfectamente en el momento y la época por la que atraviesa la protagonista y es un gran espejo en el que el escritor ve retratado el universo que la rodea. Laviana es un pueblo proyectado desde el recuerdo del escritor, ya que *La aldea perdida,* después de la Civilización Industrial, ya no posee el mismo paisaje hermoso que antes. Desde el principio, el lector es advertido sobre el aire nostálgico que existe solo en el recuerdo del escritor. Esta melancolía es transmitida mediante la frase latina *et in Arcadia ego,* que hace referencia a la pintura con el mismo título, del francés Nicolas Poussin.

Es importante destacar que ciertas actividades económicas causan perturbaciones entre la naturaleza y la economía, entre el hombre y su entorno natural. Por esto, el autor pensó que el advenimiento de la minería provocaría una degradación y contaminación del paisaje. El escritor asturiano subraya la decepción y la desilusión de los paisanos asturianos ante el «glorioso artefacto» (la minería —llamado de esta manera por el novelista—) que trae «la oscuridad,

---

[3] CAMPAL FERNÁNDEZ, José Luis, «Laviana en Palacio Valdés: relación documental de un idilio en letras de oro», *Palacio Valdés un clásico olvidado*, Actas del Congreso celebrado en Entralgo Laviana, 24-26 de septiembre de 2003, pp. 65-86.

[4] CRIADO TORIL, Pilar, «José y la "belleza" del paisaje» en Francisco Trinidad (ed.), *Palacio Valdés en Asturias*, Laviana, Ayuntamiento de Laviana, 2007, pp. 43-56 [fecha de acceso, 08/03/2018]. Disponible en internet: <http://www.palaciovaldes.com/documentos/actas/actas02/criado.pdf>.

la maldición y la guerra»[5]. Sin embargo, Antero, personaje de la novela, uno de los causantes de la introducción de la minería en Laviana, promueve la minería con la metáfora «el sol de la industria», que «ilumina el valle, antes tan oscuro y esparce sus rayos vivificantes sobre estos pobres campesinos subviniendo a sus necesidades, llevando a su frío hogar el alimento y el bienestar»[6]. De la misma manera, Clarín habla sobre la alteración de «aquella paz» (del paisaje) debido al tren. El autor de *La Regenta*, al igual que Palacio Valdés, describe la aparición del tren con las siguientes metáforas expresivas: «formidable monstruo», «la gran culebra del hierro»[7].

La trasformación del paisaje en el pueblo de Laviana, debido a la llegada de la minería, le inquieta al escritor asturiano, quien lo refleja a través de sus personajes, que expresan el lamento:

> Yo no puedo amar a ese dios subterráneo que ennegrece los rostros y no pocas veces también las conciencias. La Arcadia ha concluido. Esta raza sencilla y belicosa de nuestros campos desaparecerá en breve y será sustituida por otra criada en el amor de las riquezas y en el orgullo[8].

Las observaciones ofrecidas por el novelista pretenden situar al lector a uno u otro lado de la realidad. Por una parte, refleja la nostalgia de la antigua Arcadia, con un paisaje bucólico, una verdadera felicidad. De hecho, se puede contemplar el pueblo antiguo, lleno de alegría, belleza y atracción, «el encanto silencioso, la dulzura agreste, la amable soledad»[9] que el escritor observa, y, por otra parte, el autor revela una Arcadia nueva, avanzada por la introducción de la minería, un pueblo nuevo lleno de polvo, dureza e insatisfacción:

> El valle de Laviana se trasformaba. Bocas de minas que fluían la codiciada hulla manchando de negro los prados vecinos; alambres, terraplenes, vagonetas, lavaderos; el río corriendo agua sucia; los castañares talados; fraguas que vomitaban mucho humo[10].

Asimismo, el escritor asturiano emplea el paisaje como un pretexto para expresar una gama variada de estados de ánimo, es decir, nostalgia por sus tierras nativas, patriotismo del escritor, la fuga irreversible del tiempo, la añoranza, alegría, etc. De esta manera, sus estados de ánimo están en perfecta consonancia con las vibraciones impresionistas del paisaje.

El novelista aproxima la aldea de Laviana hacia el lector de un modo sorprendente y singular, al enfatizar muy bien en el equilibrio entre la tris-

---

[5] Palacio Valdés, Armando, *La aldea perdida*, Madrid, Espasa-Calpe, quinta edición, 1963.
[6] *Ibidem*, p. 198.
[7] Alas, Leopoldo (Clarín), *Doña Berta y otros relatos*, Salvat Editores, 1969, pp. 121-122.
[8] Palacio Valdés, 1963, *op. cit.*, pp. 138-139.
[9] *Ibidem*, p. 213.
[10] *Ibidem*, p. 198.

teza, el éxtasis, la etnopsicología, los recuerdos, la crítica social mediante un contraste sugestivo:

> El mundo antiguo, un mundo silencioso y patriarcal que había durado miles de años, iba a terminar, y otro mundo, un mundo nuevo, ruidoso, industrial y traficante, se posesionaría de aquellas verdes praderas y de aquellas altas montañas. Corría por todo el valle un estremecimiento singular, el ansia y la inquietud que despierta siempre lo desconocido[11].

Armando Palacio Valdés presenta, pues, una Laviana atrapada en sus riquezas y penurias. De modo que el pueblo asturiano sigue teniendo su magia en la memoria de escritor: «contemplando el valle de Laviana desde lo alto de cualquiera de sus montañas, se ven todos los prados como claras esmeraldas»[12]. Más aún, para el novelista asturiano la región de Laviana «continuaba siendo el Paraíso terrenal»[13] y el autor vuelve a recalcar ciertos aspectos de su tierra natal:

> La aldea perdida, que he titulado novela-poema, es en efecto tanto un poema como una novela. Y si Dios me hubiese dotado con la facultad de fabricar versos armoniosos como a Garcilaso de la Vega, seguramente la escribiría en verso. Está empapada toda ella de los recuerdos de mi infancia. Su escenario es la pequeña aldea de las montañas de Asturias donde he nacido y donde se deslizaron muchos días, si no todos, los de mi niñez... Después he visto aquel amado valle natal agudamente conmovido por la invasión minera. Su encanto se había disipado. En vez de los hermosos héroes de mi niñez vi otros hombres enmascarados por el carbón, degradados por el alcohol. La tierra misma había también sufrido una profunda degradación. Y hui de aquellos parajes donde mi corazón sangraba de dolor y me refugié con la imaginación en los dulces recuerdos de mi infancia. De tal estado de ánimo brotó la presente novela[14].

En *La aldea perdida*, el autor asturiano revela, además, el paisaje con mucha relevancia y tacto, dejando en el lector una huella profunda, hasta el punto de atraerlo hacia estos lugares idílicos que sirven como una fuente de inspiración tanto para el autor como al lector.

Aunque en la presente novela el escritor no insiste mucho sobre el paisaje o la naturaleza, el hilo principal sigue siendo la invocación del paisaje perdido, que es la belleza de su aldea natal. Esta belleza aparece mencionada varias veces en la novela bajo el adjetivo «hermoso»: «hermosa tierra», «hermoso valle de Laviana», «miró al valle. ¡Qué hermoso estaba, bañado por la dulce claridad de la luna!», «el hermoso, florido campo que tanto amaba había sido partido, des-

---

[11] *Ibidem*, p. 98.

[12] Palacio Valdés, Armando, *La novela de un novelista*, Madrid, Espasa-Calpe, séptima edición, 1959, p. 22.

[13] *Ibidem*, p. 54.

[14] Palacio Valdés, Armando, *Páginas escogidas*, Madrid, Saturnino Calleja, segunda serie, 1925, pp. 191-192.

trozado», «hermosas praderas, hermosas pomaradas»[15]. Todas estas repeticiones recalcan el paisaje natal que el novelista recordaba. Por consiguiente, el paisaje presenta distintos aspectos para el autor: recuerdo de su pasado (experiencia personal) y localización de la acción de la novela.

3. El sol, revelador del yo narrativo

La aldea perdida abarca una gama variada de paisajes, colores y sentimientos personales. Sin embargo, el autor pone un especial énfasis en el sol y su luz en el paisaje. Los sentimientos personales del novelista, reflejados mediante los paisajes, son tan auténticos que se puede ver que «no somos tan solo observadores de este espectáculo, sino que también somos parte de él»[16], es decir, el autor nos hace vivir con él gran parte de estos escenarios:

> si el Cielo me concediese una nueva existencia en este nuestro planeta de la orden de menores y me diera a escoger el sitio donde se deslizase mi infancia, respondería sin vacilar: ¡Avilés! Lo que recuerdo de esta villa es tan amable, tan alegre y pintoresco, que dudo que en parte alguna de Europa o de América (dejemos el África para los negros y el Asia para los chinos) se encuentre otra que la supere[17].

El creador asturiano utiliza varios recursos estilísticos para dar un mayor énfasis en sus ideas. Así, el empleo de figuras, como la personificación, la comparación y la metáfora tan expresiva «el sol de la industria», que plasma el orgullo de Antero sobre la implantación de la mina en Laviana, ya que «el antiguo sol iluminaba bastante bien el valle cuando no lo ocultaban las nubes, y el nuevo no podía hacerle la competencia en punto a claridad»[18]. No obstante, el sol también aparece como «el mismo Celso, enamorado de la tierra del sol y las aceitunas» y que, en este caso, se refiere a Andalucía.

El sol impregna con su luz todo el paisaje —«estaba la fuente un poco apartada del pueblo (...) Los rayos del sol se filtran por él con trabajo, bañándola de una claridad suave y misteriosa»[19]— y también se puede contemplar cómo estos «rayos» inundaban todo el pueblo para revelar el paisaje bucólico. Al mismo tiempo, el escritor describe el paisaje que es bañado por la luz solar —«el sol bañaba por completo la aldea, se derramaba por el césped ocupándose en deshacer las gotas de rocío, brillaba rojo en los tejados; penetraba en las copas de los árboles, transformándolos en enormes globos de transparente esmeralda»[20]—,

---

[15] Palacio Valdés, 1963, *op. cit.*, pp. 9, 80, 148, 213, 222.
[16] Lynch, K., *La imagen de la ciudad*, Editorial Gustavo Gili, 1998, p. 10.
[17] Palacio Valdés, 1959, *op. cit.*, p. 115.
[18] Palacio Valdés, 1963, *op. cit.*, p. 198.
[19] *Ibidem*, p. 55.
[20] *Ibidem*, p. 108.

ya que aspira hacia el conocimiento tanto de la naturaleza como del ser humano mediante esta luz. El novelista desea comprender los enigmas que la naturaleza y el ser humano encierran dentro de sí. Además, se puede observar que la luz penetra en cada esquina y el sol con su luz intenta descubrir y revelar el misterio, porque «de pronto, un rayo de sol cayó sobre la punta más alta del cerezo plantado delante de la casa de la tía Basilisa; volteó un momento sobre las hojas y saltó a otra rama más baja»[21]. El escritor lavianés, a través de la personificación del sol, aspira a plasmar el esplendor del sol que origina la manifestación de las cosas, ya que el sol no solo hace que las cosas sean percibidas, sino que su función es determinar también la comprensión de esta misma manifestación y asimismo transmitir los sentimientos personales del novelista. Mediante la personificación, el escritor lavianés pretende animar lo inanimado de una manera impresionista y consigue dar un tono de viveza a lo estático.

El paisaje personificado es agitado y es presentado a través de los verbos de movimiento:

> de pronto un rayo de sol cayó sobre la punta más alta del cerezo plantado delante de la casa de la tía Basilisa; volteó un momento sobre las hojas y saltó a otra rama más baja dejando tras sí una estela de esmeralda. Otro salto más y se plantó en la higuera más próxima a la casa del tío Goro. Dentro de ella se agitó gozosamente como una llama feliz que aspira a curiosearlo todo. ¡Zas! otro salto, y al alero del tejado. Después, con precauciones, solapadamente, descendió por el ramaje de la parra y oculto detrás de los pámpanos contempló algún tiempo el rostro peregrino de Demetria[22].

La aldea perdida es una pintura en prosa del paisaje asturiano, una descripción panorámica y clásica. Los elementos del paisaje, humanizados, sufren una profunda inquietud: «los prados, los árboles y los seres vivientes que se agitaban en aquel delicioso paisaje no recibían con igual satisfacción la visita del huésped»[23]. Por lo tanto, el novelista lavianés, que vive en medio del paisaje, entiende la preocupación de la naturaleza frente a «la visita del huésped» (minería) y transparenta, de esta manera, una tristeza intensa que le ayuda a transmitir todo lo que él percibe.

La personificación de la montaña parece unir el cielo con la tierra, dando al escritor una perspectiva no solo del paisaje, sino también de la existencia: «no quiero otras montañas que esas que me han visto nacer, la Peña-Mea, la Peña-Mayor, el pico de la Vara replicó el capitán extendiendo el brazo y apuntando a todos los puntos del horizonte»[24]. La personificación plasma la familiaridad

[21] *Ibidem*, p. 51.
[22] *Ibidem*, p. 51.
[23] *Ibidem*, p. 260.
[24] *Ibidem*, pp. 64-65.

que existe entre el paisaje y el novelista, tanto con la naturaleza terrestre como con la cósmica: «y el disco azulado de la luna alumbraba mis pasos»[25]. Aquellas montañas no solo lo han «visto nacer», sino también son «frescas y virginales» e incluso hablan «y las montañas repiten dulcemente sus sones acordados»[26]. Palacio Valdés personifica el paisaje a tal punto que hace de él su confesor, y compartiendo su felicidad:

> Jacinto marchaba con paso ligero hacia Fresnedo por el camino llano de Entralgo, en vez de tornar por el monte como había venido. Era más largo, pero no tenía prisa de llegar a casa. Su corazón necesitaba narrar su dicha a los árboles y al río, al valle y a los montes, a la luna y a las estrellas. Y como adivinaba que la tarea iba a ser larga, procuró dar un rodeo para ganar tiempo[27].

Por lo tanto, la personificación expresa la originalidad del escritor y la fuerza de las imágenes para transmitir sus sentimientos más personales.

4. La emotividad del novelista plasmada mediante contrastes y cromatismo

Palacio Valdés presenta un pueblo repleto de contrastes, siendo una aldea inaudita, donde los personajes encuentran la libertad de vivir y de la emotividad. El tema del cromatismo, junto con el del contraste, que el novelista transmite a la naturaleza capturada en sus obras, está lleno de expresividad y afectividad. De manera que el contraste y el colorismo hacen que la obra del autor asturiano sea una creación atractiva y llena de significados: «el contraste fuente de eterna belleza, fluye de continuo en el gran escritor asturiano»[28].

El escritor emplea los cambios cromáticos para inculcar curiosidad, misterio y sentimiento, ya que el color puede generar el cambio emocional del ser humano[29]. Al seleccionar un determinado color, el autor quiere transmitir uno u otro sentimiento. Los cambios del color, por su parte, los representa suavemente para que el lector pueda percibir todo lo que pasa alrededor de la acción. López León[30] remarca al respecto que:

> *the use of local color, that is, the description of nature and of social manners in Valdes's novels is, according to his expressed attitude, entirely dependent upon his use of character. The importance of local color is derived only from the indi-*

---

[25] *Ibidem*, p. 9.
[26] *Ibidem*, pp. 20, 64, 65, 178.
[27] *Ibidem*, p. 149.
[28] Cifuentes, L. F. (ed.), *Los majos de Cádiz*, Armando Palacio Valdés, Servicio de Publicaciones, Universidad de Cádiz, 1998, p. 24
[29] A este respecto ha escrito Kandinsky que «el color es un medio para ejercer una influencia directa sobre el alma» (1989: 44-45).
[30] López León, Manuel, *Armando Palacio Valdés: A Critical Study*, University of Illinois, IDEALS, 1918 [fecha de acceso, 10/02/2018]. Disponible en internet: <https://www.ideals.illinois.edu/handle/2142/51362>.

cated interdependence existing between the individual and the physical and social environment[31].

Por ello, las palabras, los colores, las formas no tienen solamente relaciones mutuas, sino que ellas tienen el poder de evocar, poseen la calidad de reproducir sentimientos, nuevas sensaciones, etc.: «la tarde declina y mi mano cansada se niega a sostener la pluma. ¡Oh valle de Laviana! ¡Oh ríos cristalinos! ¡Oh verdes prados y espesos castañares! ¡Cuánto os he amado!»[32]. La función del color en las obras de Palacio Valdés integra al lector en el ambiente presentado y acentúa el espacio en el que se llevan a cabo: «era ya entrada la primavera; su hálito fragante corría por el valle de Laviana, tiñéndolo de todos los verdes imaginables, desde el más claro hasta el más oscuro»[33].

Cabe señalar que sus paisajes están estilizados con el afán de captar el contorno y, a través de la fuerza sugestiva de los recursos estilísticos que este emplea, manifestar «la voluntad del autor por señalar contrastes y perfiles a través de técnicas literarias»[34].

Para la descripción del paisaje, el color llega ser una característica primordial. La experiencia visual es un elemento importante en la revelación y afirmación del sentido estético. El color se convierte en un símbolo que revela el misterio, pero también se convierte en un medio expresivo de descripción de los paisajes de Palacio Valdés. Las imágenes descriptivas recurren a la gama de colores:

> las sombras corrían perseguidas por las faldas de los montes a guarecerse en el fondo oscuro de las cañadas. El ambiente adquiría una transparencia radiosa. El paisaje se iba tiñendo lentamente de un verde claro, sobre el cual se destacaban las masas oscuras de los castaños[35].

A este respecto, Xavier Pousa afirma que:

> en el goce del paisaje, percibiendo el ritmo y la gracia de sus líneas, el misterio de la luz y las sombras, las variaciones armónicas de los colores con el cambio de las estaciones; sólo nos iniciamos cuando la cultura nos aporta la sensibilidad necesaria[36].

---

[31] El uso del color local, es decir, la descripción de la naturaleza y de las costumbres sociales en las novelas de Valdés, según su actitud expresada, es enteramente dependiente de la función de su personaje. La importancia del color local es derivada de la independencia indicada que existe entre el individuo y el entorno físico y social (la traducción es mía).

[32] PALACIO VALDÉS, 1963, *op. cit.*, p. 260.

[33] *Ibidem*, p. 236.

[34] TRINIDAD, Francisco, «Introducción a *La aldea perdida*» en *Palacio Valdés en Asturias,* Ayuntamiento de Laviana-Graficas APEL, Gijón, 2006, p. 23.

[35] PALACIO VALDÉS, 1963, *op. cit.*, p. 51.

[36] En CONCEPCIÓN SUÁREZ, Xulio (2010), «Los pueblos de Turón, estratégicamente orientados en lo posible al sol» [fecha de acceso, 05/01/2018]. Disponible en internet: <http://www.xuliocs.com/turontopais.htm>.

Así pues, el misterio del paisaje también es plasmado mediante los colores y los contrastes, que cumplen una función relevante y reveladora en la presente novela. El novelista asturiano, en sus paisajes, sabe cómo dominar la gama de colores para representar la belleza de la naturaleza:

> El gran río cristalino herido por los rayos de la aurora parecía una franja de plata. Los maizales que bordan sus orillas salían del sueño de la noche esperezándose blandamente al soplo de la brisa. El tenue, blanco vapor, que los cubría se perdía en la claridad del aire. Un rayo de sol vivo, refulgente, hirió la cabeza de la Peña-Mea tiñéndola de color naranja[37].

La expresividad y los sentimientos, en los cuales los paisajes coloristas se enmarcan según su magnitud e intensidad, tienden hacia el equilibrio y hacia una forma de la que emanan tensiones emocionales y espirituales:

> ¡oh ríos cristalinos! ¡oh verdes prados y espesos castañares! ¡Cuánto os he amado! Que vuestra brisa perfumada acaricie un instante mi frente, que el eco misterioso de vuestra voz suene todavía en mis oídos… Mi pecho se oprime, mi mano tiembla. Una voz secreta me dice que jamás debierais salir del recinto de mi corazón[38].

En las descripciones paisajísticas de Palacio Valdés, lo primero que puede asombrar al lector son los colores. A este respecto, Jules Verne[39] afirmó que «dans les paysages, il faut saisir l'œil par les couleurs»[40]. Cada momento y cada detalle del paisaje visten colores y proporciones que, en esencia, expresan diferentes estados de ánimo. *La aldea perdida* abarca un espectro cromático amplio, desde los colores más claros hasta los más oscuros, hasta «todos» los tonos de verde: «comenzaron los días felices. Era ya entrada la primavera: su hálito fragante corría por el valle de Laviana tiñéndolo de todos los verdes imaginables, desde el más claro hasta el más oscuro»[41]. El escritor asturiano ofrece un colorido propio a su novela, observando el desarrollo de los pensamientos y sentimientos, los estados de ánimo destinados a instar la emoción del lector:

> Aquel campo abierto, aquella mancha de un verde claro, contrastando con el más negro de su cinturón selvático, espaciaba la vista y la alegraba. Aquel campo era la finca predilecta del capitán, su regocijo y sus amores. En cuanto ponía los pies en él sentía un extraño fresco en el cuerpo y el alma; se le disipaban inquietudes y penas[42].

---

[37] Palacio Valdés, 1963, *op. cit.*, p. 50.
[38] *Ibidem*, p. 260.
[39] Verne, Jules, *Claudius Bombarnac* [fecha de acceso, 05/01/2018]. Disponible en Internet: <https://beq.ebooksgratuits.com/vents/Verne-Bombarnac.pdf>.
[40] En los paisajes es necesario reproducirlo todo por los colores (la traducción es mía).
[41] Palacio Valdés, 1963, *op. cit.*, p. 236.
[42] *Ibidem*, p. 123.

El paisaje, pues, que crea el escritor impresiona con la frescura del color y su originalidad. La armonía de los colores, las luces y la atmósfera crean un ambiente especial, cálido y agradable, pero nostálgico al mismo tiempo, puesto que el paisaje respira una profunda melancolía, inquietud y tristeza: «no os podéis figurar, amigos, la alegría y la tristeza que sentí al mismo tiempo»[43].

5. Conclusiones

«Solo Galdós es superior a Valdés como psicólogo, pero nadie le supera como paisajista»[44], puesto que los paisajes reflejados en *La aldea perdida* son descritos con originalidad, inteligencia y perspicacia, lo que muestra la habilidad del escritor. La visión de novelista asturiano se va haciendo cada vez más introspectiva y reflexiva, en consonancia con el proceso de maduración personal. Una vez más, se nos da la oportunidad de afirmar que Palacio Valdés fue no solo un brillante crítico y escritor, sino también un eminente folklorista apasionado. En *La aldea perdida,* el sol, el colorido y el contraste juegan un papel especial, ya que ayudan al escritor a crear una atmósfera muy diferente en la obra. Es más, cada elemento crea un ambiente peculiar. El narrador lavianés es el novelista que ganó su gloria tras muchos esfuerzos y mucho trabajo: dedicó su vida a la nación española, valorando el folklore, las costumbres, las tradiciones, la naturaleza, en otras palabras, su tierra nativa.

La *aldea perdida* reconstituye el paisaje natal del autor y también la pasión por observar el paisaje. El escritor se convierte en un cronista activo que registra las distintas perspectivas de las descripciones, los detalles más importantes y el lector entra en contacto directo con las relaciones exploradas por los personajes que interpretan el paisaje real, un clima característico de costumbres y tradiciones, valores, ideas y sentimientos. Así pues, el equilibrio entre el paisaje y el novelista es logrado a través del recuerdo, de la emotividad y de la experiencia espiritual y personal. Los paisajes son tratados en gamas coloristas impregnadas de contrastes que expresan diversos estados del alma, la disposición de Asturias y su belleza notable.

---

[43] *Ibidem*, p. 65.

[44] CIFUENTES, *op. cit.*, p. 11.